

Memorabilia

Hans Ehrmann Ewart

Filebo

Ante la muerte casi inesperada de Hans Ehrmann, o Juan Ehrmann como apareció en las cruces, no cabe dar vuelta la página, diciendo lo que decía un colega más duro que una piedra en estos casos: "Lo enterrado, olvidado".

Al revés, con Hans Ehrmann se viene a la cabeza esa canción que cantábamos de niños: "Anoche murió un bombero/ lo fueron a enterrar./ Le echaron poca tierra/ y volvió a resucitar".

Junto con el Dr. A. Goldschmidt, que campeó en la crítica de música y de artes plásticas con un revólver en el cinto, Hans Ehrmann ocupa un espacio bien acotado y de mucho relieve en la evolución de nuestro periodismo cultural de los penúltimos veinte años. Hombre de cáscara amarga, punzante, cáustico generalmente en la terminación de sus apreciaciones -"sí, pero"-, sobresalió, sin embargo, por su perseverancia en el trabajo y por su capacidad para hacer de la función que había asumido un oficio responsable.

De seguro que, dado su amor por la internacionalización de las comunicaciones (tenía amigos en todas partes del mundo), se fue de esta vida sin saber nada de Fray Apenta, Alejandro Baeza, que pudo ser su maestro en el arte de buscarle los tres pies al gato (no los cinco, como cree el vulgo). Fray Apenta, autor de unos "Repiques" que ano-

nadaron a la gente hacia los años del "Cielito lindo", ocultaba a Alejandro Baeza, en privado un pan de Dios según Daniel de la Vega.

En cierta medida, removiendo la cáscara de su escepticismo cardinal, había también en Hans Ehrmann un pan de Dios. En la revista "Ercilla" levantó una cátedra de estudios periodísticos sobre la cultura chilena. Según nuestros recuerdos, contó con ayudantes como José Donoso, Ariel Dorfmann, Luis Domínguez, Juan Agustín Palazuelos, entre otros, todos de primera fila.

En 1994, a instancias de la dirección de la Biblioteca Nacional y de su colega Alfonso Calderón, se allanó a recoger para un libro algunos de los "retratos" publicados en la primera página del suplemento dominical de "El Mercurio" bajo su firma. A fin de ordenar con claridad sus ideas sobre aquellos tiempos, nos llamó por teléfono, puesto que habíamos compartido el mismo viaje. De esa conversación, nos quedó muy grabada la suerte de perplejidad que había provocado en su ánimo la presencia de unos recortes de diarios que se habían tornado amarillos.

En el volumen "Retratos", publicado en marzo de 1995 por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos y el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Hans Ehrmann Ewart (Ewart, su apellido materno) emplea así su escoplo:

Eduardo Barrios: "Hay una

tierra de nadie entre la vida y la muerte que pertenece a los ancianos. En esta tierra de nadie habita Eduardo Barrios. Le faltan cuatro meses para cumplir los 77 años".

Manuel Rojas: "Entrevistar a Manuel Rojas es como estrellarse contra una roca".

Alberto Romero: "Criado en la opulencia, Alberto Romero dedicó sus veinte años de escritor a cantar a los humildes".

Rafael Maluenda: "Para hacer esos cuentos -decía Mariano Latorre- hay que tener sicología de bandido y Maluenda la tiene".

Olegario Lazo Baeza: "A pesar de sus cuentos y novelas, que suman siete volúmenes, Olegario Lazo Baeza es, ante todo, oficial de caballería. Para él la literatura fue la prolongación de la carrera militar por otros medios".

Daniel de la Vega: "El orden y la anarquía renunciaron a su millenario pleito para convivir plácidamente en Daniel de la Vega".

María Luisa Bombal: "Veinte años de ausencia y de silencio crearon un mito. Muchos hasta la creían muerta, presunción que no hace sonreír a la escritora. La enfurece.

Joaquín Edwards Bello: "A primera vista Joaquín Edwards Bello es el caos en persona".

Recortador de alas y bajador de humos, exasperante a veces por su manía de poner las cosas en la Tierra, Hans Ehrmann dejó en "Retratos" una tarea de peso a las nuevas generaciones.